



Popayán

Con ocasión del cuarto centenario
de la fundación de la ciudad



LEVO a cabo la fundación de Popayán uno de los más famosos capitanes que vinieron a América movidos por el espíritu de aventuras y la sed de riquezas, don Sebastián Moyano, más conocido por el nombre de Belalcázar, pequeña ciudad de Extremadura, en España, donde había nacido, y quien ya había alcanzado alta notoriedad por sus hazañas en la conquista de Nicaragua, Panamá y el Perú, como lugarteniente de Francisco Pizarro, el domeador del imperio de los incas.

Verificóse la fundación oficial de Popayán el día 15 de agosto de 1537, según consta de los documentos de la época; y pronto adquirió importancia excepcional entre las nacientes ciudades del Nuevo Mundo, pues ya en 1540 era capital de la más vasta provincia del Virreinato del Perú, con una extensión territorial de más de treinta mil leguas cuadradas. En 1546 fue elevada a la categoría de sede episcopal por el Papa Paulo III; en 1558 el rey Felipe II le concedió, por cédula firmada en 20 de octubre, el título de «muy noble y muy leal ciudad», con derecho a usarlo en todos los documentos oficiales; y en 20 de noviembre del mismo año le otorgó la merced de condecorarla con escudo de armas, que lleva en un ángulo el sol; en medio, una ciudad, ceñida por dos ríos; debajo, y al lado de cada río, una arboleda, y por orla cuatro cruces de Jerusalem, emblema de la cristiandad. Se halla situada en medio de una primerosa altiplanicie, entre las dos ramificaciones de los Andes, central y occidental, a 1,780 metros de altura sobre el nivel del mar, y con una temperatura media de 18 grados

del centígrado. Es su clima tan suave, que según la expresión del sabio Caldas « parece inventado por los poetas »; sus alrededores son excepcionalmente pintorescos, y en las mañanas y tardes de verano el cielo ostenta una variedad de matices que rara vez se contemplan en otros lugares. El poeta soldado, don Julio Arboleda, describe así su suelo:

Hay un valle feliz; su tierra ondula
En continuas y plácidas colinas,
Que la brisa al pasar besa y adula;
Por ese valle en ondas cristalinas
El agua precipitase y circula
Serpeando entre flores purpurinas;
Y al fin de aquel Edén verde y riente
La ilustre Popayán alza la frente.

De sus colinas altas amparada,
Como la tigre que asechanza teme
Y espera el can, al árbol recostada,
Detrás del corvo cerro de la Eme
Se la mira de lejos engastada;
Desde el Cauca, a la luz del sol que treme
Sobre el alba ciudad, en grupos varios
Se ven surgir sus pardos campanarios.

—POPAYÁN—

—43—

Entre los fundadores de la ciudad se cuentan el Adelantado don Sebastián de Belalcázar, Pedro de Añasco (que fue el primer alcalde y tuvo fin tan desastrado), Jorge Robledo, segundo alcalde y de suerte igualmente trágica, Hernán Sánchez Murillo, Sancho Sánchez de Avila, Baltasar de Maldonado, Pedro Basán, Vasco de Guzmán, Alonso de Fuenmayor (yerno de Belalcázar), Luis Minderos, Juan de Gaviria, Martín Muñoz, Antonio Guevara, Vicente Tamayo, Francisco Ruiz, Cosme de Torres, Gonzalo Gómez, Alonso Casco, Pedro Gallego, Juan de Medellín, Juan de Ampudia, Juan de Osorio, Francisco de Belalcázar (hijo del Adelantado), Francisco García Tobar, Francisco de Aguilar, Pedro Cepero, Juan Cantero, Martín Nieto Polo, Pedro Manso, Bartolomé Godoy, Bartolomé Sánchez, Francisco Cayzedo, Cristóbal Cayzedo, Rodrigo de Torres, Juan Núñez, Cristóbal Carrero, Juan Rubio, Francisco Campero, Sebastián Muñoz, Lope Ortiz, Antonio Alegría, Francisco de Arévalo, Diego Sánchez de Narváez, Diego Delgado, Diego Delgadillo, Pedro de Velasco, Sebastián Quintero (fundador de La Plata), Diego del Campo Salazar, Alvaro de Paz, Francisco de Mosquera, Cristóbal de Mosquera, Lorenzo de Paz Maldonado (1), Juan Ortiz, Agustín Arias Zambrano, Alonso Bernal, Juan de Aranda, Francisco de Arana, Pedro Cleves, Pedro de Puelles, Juan Muñoz de Collantes, Juan y Baltasar del Río, Martín Yáñez Tafurt, Florencio Serrano, Pedro de Guzmán, Luis de Linaza, Juan de Avendaño, Luis de Sanabria, Melchor Valdés, Cristóbal de Ayala, Juan de Villoria, Alonso de Montemayor, Alonso de Saavedra, Antonio de Rivera, Melchor Suer de Nava, Alvaro de Mendoza, Gómez Arias Maldonado, Antonio Pimiental, Alonso de Villacreces, Lorenzo

Estupiñán, Baltasar de Ledezma, Juan Rodriguez de Souza (portugués), Pedro Cieza de León (el historiador), Andrés Moreno, Diego Paredes Calderón, Martín de Isla, Hernán Sánchez Murillo, Melchor Valdés, Juan de Cabrera, Miguel López Muñoz (fundador de Cali), Martín de Amoroto, Ruy Vanegas, Luis Daza, Hernando Arias Saavedra (que estuvo también en la fundación de Buga y de Caloto), Pedro Cobos, Pedro Cepero, Alvaro Godin, Alonso Sánchez, Pedro Galiciano, Alvaro de Mendoza Carvajal, Íñigo y Juan de Velasco, Agustín Arias Saavedra, Francisco de Figueroa, Lorenzo de Anaya, Pedro Juan de Ortiz, Pedro de Quesada etc. Poco tiempo después estuvieron también vecindados en la ciudad Lorenzo y Hernando de Cepeda, hermanos de Santa Teresa de Jesús; Pedro Bolívar, afamado militar de las guerras de Flandes, de la propia casa solariega del Libertador; la Audiencia de Lima y el virrey Blasco Núñez Vela, que tuvo fin tan desgraciado en la batalla de Añaquito, y otros muchos. De esos pobladores primitivos, la mayor parte procedían de las provincias vascongadas en España y otros de Castilla y Andalucía.

El geógrafo e historiador Antonio Alcedo y Herrera dice en su «Diccionario geográfico», impreso en Madrid en 1788, lo siguiente: «Eustran la ciudad de Popayán muchas familias nobles y ricas, descendientes de los primeros conquistadores y de otras personas distinguidas que pasaron empleadas, como son: don Sebastián de Belalcázar, que casó en Burgos con doña María de Herrera y Sarmiento; el capitán don Pedro de Velasco, descendiente de los condestables de Castilla, casado con doña Catalina de Zúñiga, hija del marqués de Quintana; el capitán Diego del Campo, casado

—«POPAYAN»—

—«6»—

con doña Luisa de Medina; el capitán Diego Delgado, casado con doña Mariana del Campo Salazar; el capitán Francisco de Mosquera y Figueroa, descendiente de los duques de Feria y de Alba, casado con doña Leonor de Velasco; don Juan López Cabrón de Vizcarra, navarro, casado con doña Inés de Vergara, que nació en Sevilla; el capitán Francisco de Aranas, y otros, de quienes descienden las familias distinguidas de Popayán, cuyos naturales son prudentes, económicos y de claro ingenio; guardan mucha fidelidad en sus contratos y tienen gran circunspección; es patria esta ciudad del Padre Francisco de Figueroa, de la extinguida Compañía de Jesús, primer mártir de las misiones del Maraón, muerto a manos de los indios cocamas, en la entrada del río Apena, el año de 1666, y de muchos varones ilustres que han ocupado en lo político, militar y eclesiástico los primeros empleos y dignidades del Reyno» Hablando este mismo autor del clima de Popayán, observa: «Las tempestades, aunque son frecuentes, pasan pronto, y queda sereno el tiempo y apacible el cielo; y de esto nació el proverbio común que dice: CIELO, SUELO Y PAN, LOS DE POPAYAN».

Las condiciones del clima de Popayán hicieron que desde los primeros años de la colonia se domiciliaran aquí muchas familias españolas de claro abolengo, algunas entre ellas con títulos de Castilla, y no menos de cincuenta blasonadas con escudo de armas propio, cuya enumeración hacen Flórez de Ocaris y Alcedo en sus obras sobre genealogías del Nuevo Reino; familias que llegaron a acumular caudales fabulosos para esa época, pues eran dueñas de las ricas minas de oro del alto y bajo Chocó, de Marmato y Supia, lo mismo que de extensísimas dehesas en los valles del Cauca,

Patia y Tolima. Así se explica que las construcciones que dejaron (sobre todo las iglesias y conventos) sean modelo de solidez, amplitud y elegancia; y que en materia de comodidades y CONFORT llegaran a un refinamiento poco común entonces. Esos mismos hijosdalgo, tan celosos de su fe religiosa, enriquecieron los templos de la ciudad con ornamentos, alhajas, custodias, vasos sagrados e imágenes, en forma tan ostentosa y magnífica que aún hoy causan la admiración de viajeros y turistas; y esto a pesar de las depredaciones de que fueron objeto esos templos ya en la guerra de la independencia (en que esta ciudad fue ocupada veintidós veces por las tropas del rey y de la revolución y en repetidas ocasiones entregada al saqueo), ya en nuestras contiendas civiles. «En vuestros templos todo era magnificencia», decía el Ilustrísimo señor Jiménez de Enciso en pastoral de 30 de mayo de 1819, «tanto en su construcción como en el culto exterior: aun en las iglesias rurales se celebraban los oficios divinos con el mayor decoro y decencia. . . .» Para que el lector tenga idea de cómo era esa pompa litúrgica, baste saber que una corona de la Inmaculada Concepción, conservada por los sucesores de la familia Hurtado del Aguila, está avaluada en la suma de trescientos mil pesos oro, por la profusión y pureza de las esmeraldas de que está tachonada. Una custodia, la del templo de San Agustín, que mide metro y veinte centímetros de alto, también cuajada de pedrería, ha sido estimada en doscientos mil pesos; otra, la del templo de San Francisco, está avaluada en trescientos mil pesos. En la iglesia de Santo Domingo se conservan ornamentos de una magnificencia extraordinaria, como una rica tapicería de damasco carmesí con

—POPAYAN—

—2—

la cual se recubren los muros del templo en las grandes festividades, traída de España por don Francisco José Arboleda, justipreciada hoy en cincuenta mil pesos; y los ornamentos destinados a la fiesta de la Virgen del Rosario — joyantes sederías recamadas en oro — de las cuales dijo el Padre Sarasola (sacerdote jesuita que estuvo aquí en 1926) que sólo en la Catedral de Toledo había visto algo semejante.

La ciudad se halla bañada por el río Cauca, que corre a menos de un kilómetro de distancia, y cuyas aguas ácidas (donde no pueden vivir peces ni bacterias de ninguna clase) son una panacea para muchas enfermedades. Esa acidez proviene del río Vinagre, que brota de las cumbres del volcán de Puracé, y que es llamado así («Pasambio» en la lengua de los naturales) por contener enorme cantidad de ácido sulfúrico y de ácido clorhídrico; cantidad tan considerable que el sabio químico francés Juan Bautista Boussingault (que estudió las fuentes y solfataras de Puracé y Coconuco en el primer tercio del siglo XIX) hace el cálculo que en un mes se pierden allí esos ácidos en mayor masa que la que producían en su tiempo las fábricas europeas en un año. Baña también la ciudad el riachuelo de El Molino, que confluye en el Cauca hacia el occidente en el sitio excepcionalmente pintoresco de «Trujillo».

Desde muy temprano los hijos de Popayán se dedicaron al cultivo de estudios especulativos, y así Humboldt pudo hallar en ella, a principios del siglo XIX, un núcleo de personalidades distinguidas, cuya cultura le llamó profundamente la atención. «No eran muchas las ciudades de la América española», escriben don Rufino José y don Angel Cuervo en su

«Biografía de don Rufino Cuervo», «que pudieran enorgullecerse de ser cuna de tanto patriota ilustre como Popayán, y de tener en su seno una sociedad tan culta y letrada, de que salían continuamente para los congresos y magistraturas caballeros que honraban a la República. Entonces, a pesar de los estragos de la guerra de la independencia, era una población respetable que contaba con acaudalados propietarios y adonde refluía gran parte de la riqueza del privilegiado valle del Cauca. Según un viajero francés que la visitó por ese tiempo (Alcide d'Orbigny) era en muchas cosas superior a la capital: sus alrededores amenísimos y bien cultivados anunciaban una ciudad importante; sus casas mejor construidas, más ventiladas y, sobre todo, más alegres; la calle de Belén, bella en cualquier ciudad europea». Otro viajero francés, Edouard André, hace también una halagüeña descripción de ella: «Popayán, la ciudad sabia! La impresión que despierta es encantadora y persistente; es un oasis tras el desierto; es la Canaán de los Andes, la ciudad feliz que vislumbró la Mignon de Goethe, donde uno quisiera vivir, amar y morir!» Los célebres geógrafos Eliseo y Onésimo Réclus escriben lo siguiente en su «Novísima Geografía Universal»: «Cabeza y defensa principal de la estrecha cuenca del Cauca es la famosa ciudad de Popayán, "la sabia y la noble," que no en balde lleva con orgullo estos títulos, porque sus hijos han sido siempre singulares en el estudio de las ciencias y cultivo de las letras; y ninguna otra de la república puede alabarse de haber producido tanto escritor, sabio y político ilustre como ella. Es capital de la provincia del Cauca; y difícilmente se hallará en Colombia otra que más hermosa y magnífica vista

—«POPAYAN»—

—«10»—

ofrezca a los ojos del viajero que por primera vez la contempla. En una campiña de suave pendiente, cubierta de sauces y engalanada por toda suerte de agradables plantas, extiéndese su caserío, sobre el que se levantan las cúpulas y campanarios de sus iglesias. Por medio de ella cruza, algo oculto entre los árboles, un copioso y cristalino arroyo que va a rendir su tributo al Cauca, cinco kilómetros más abajo; y sirven de marco a este hermoso cuadro, al norte, las dos cordilleras que de ambos lados ciñen el valle; al oeste y al sur, un semicírculo de grandes montañas, dominadas al sudeste por los soberbios conos del Sotará y el Puracé, del cual se eleva, hasta esfumarse en la azulada bóveda celeste, un penacho de blanco humo»

Son también dignos de recordación los siguientes conceptos de don Juan Montalvo, estampados en 1879 en su opúsculo «El sur de Colombia»: «Popayán no necesita defensa; baste decir que el Estado del Cauca, del cual es cabeza, pasa por el primero de la federación; y que esa ilustre ciudad ha sido cuna de los varones más eminentes de la Nueva Granada: en las ciencias, Caldas; en la iglesia, Mosquera, el gran obispo; en las armas, su hermano don Tomás; en la elocuencia y la poesía, Julio Arboleda. Mucho es para población de tan estrechos límites. El Cauca es la tierra de la inteligencia y el valor; y si Dios quiere favorecerla con la paz algún día, será una de las comarcas más felices de la América meridional».

El ilustre literato y estadista don Marco Fidel Suárez escribía en 1920: «El Cauca, privilegiado en sus producciones, tiene a su cabeza a Popayán, nuestra ciudad heroica del mediodía, porque si Cartagena se inmortalizó con su sitio legendario, esta otra capital es también ciudad

heroica por ser madre fecunda de héroes de todo género: de héroes en el valor, en la virtud, en el genio y en la sabiduría. Su Cabildo infunde, con las imágenes de sus ilustres hijos, el sentimiento sublime de la veneración que produce un templo; en el salón de su Universidad parece que discurre el hálito de la sabiduría antigua; y la belleza de sus edificios, de sus monumentos y de sus campos, reclaman de la República y le exigen como el cumplimiento de un verdadero deber que convierta en obras su admiración y su gratitud hacia aquel suelo que es privilegiado, porque en él se desarrolla como en otros muy pocos la planta que se llama hombre, según la expresión de Michelet, y porque es una especie de santuario, de nárticio glorioso y de fanal inmarcesible en la historia colombiana».

Forman legión incontable los escritores y viajeros, tanto nacionales como extraños, que han hecho férvido elogio de Popayán, desde los días de la colonia, como don Jorge Juan y don Antonio Ulloa; el eruditísimo polígrafo presbítero don Basilio Vicente de Oviedo, quien recibió aquí la ordenación sacerdotal, en 1726; el Barón de Humboldt; el visitador don Policarpo del Pando; los historiadores Juan de Velasco y Pedro Cieza de León etc. Y en tiempos más recientes, además de los que dejamos citados, los viajeros franceses Mollien, Julián Mellet y Boussingault; el presbítero Ignacio Víctor Eyzaguirre, que fue después Arzobispo de Santiago de Chile; José María Vergara y Vergara, José María Cordovez Moure, Aquilino Villegas, Augusto Ramírez Moreno, Alberto Vélez Calvo, Leopoldo Triana C., Joaquín Quijano Mantilla, Silvio Villegas, Francisco Villaespesa, Mariano Lugari, Carlos Gockner y Anton Eithel (de la Misión Pedagógica Alemana),

—POPAYAN—

—12—

Emilio Robledo, Roberto Liévano, Armando Solano, Cornelio Hispano, Luis E. Nieto Caballero, Alberto Lleras Camargo, Laureano Gómez, José Ignacio Vernaza, Aurelio Martínez Mutis, Leandro Medina, Manuel Antonio Bonilla, Miguel Navia, Manuel Antonio, Alberto y Mario Carvajal, Julio César Arce, Jorge Ulloa, Fernando de la Vega, Ricardo Nieto, Hermann A. Schumacher, el señor Pennell, miembro del Instituto Smithsonian de Boston, Tomás Cadavid Restrepo, el Marqués de la Penne, Baldomero Sanín Cano, Gonzalo Jiménez, Hernando Holguín y Caro, Manuel M. Astudillo etc. etc.



El Visitador español don Policarpo del Pando en un informe a la corona, redido a principios del siglo XVIII, hizo constar que los hijos de Popayán eran ilustres y abundantes; que había encontrado abogados, obispos y oidores payaneses en Santo Domingo, Guadalajara, México, Guatemala, Panamá, Quito, Lima, La Serena, Concepción, Rosario de Santa Fe, Buenos Aires etc., y los cita por sus nombres, entre ellos, los del doctor Bernardo de Urrutia, don Sebastián Fernández de Navia, doctor Manuel de Bedoya y Sarmiento, doctor Alonso de Mogrovejo, doctor Felipe Alonso de Velasco, doctor Santiago Caicedo y Vallecilla, doctor Manuel Vicente de Umaña, doctor Francisco José Moure y Alcoer, doctor Salustiano Rivera y Cajiao y otros más; y concluye su informe con este epifonema: «Señor, en América TODO EL MUNDO ES POPAYAN!»; expresión de la cual pudo provenir el conocido refrán, si bien el estadista inglés Lord Burgley le da otro origen en la obra que escribió titulada «Consejos a mi hijo».

Entre los viajeros ilustres que han pasado por aquí podemos citar (fuera de los ya nombrados) al virrey don Blasco Núñez Vela, al visitador

Vaca de Castro y al presidente don Pedro de la Gasca, en el siglo XVI; los virreyes del Nuevo Reino don Jorge de Villalonga y don Francisco Gil y Lemos; los presidentes de la República José Fernández Madrid, con el Congreso Nacional, en 1816; José Ignacio de Márquez, en 1840; el célebre literato y estadista guatemalteco don Antonio J. de Irisarri, en 1857; don Marco Fidel Suárez en 1920; el General don Pedro Nel Ospina en 1926; el doctor Miguel Abadía Méndez en 1927; muchísimos ministros del despacho ejecutivo; diplomáticos extranjeros, como el señor Bourgarel, ministro francés, en 1898; el señor John Barret, ministro americano, en 1908; el señor Francisco Ragonesi, Nuncio de Su Santidad, en 1907; el señor Giobbe, revestido del mismo cargo, en 1927; el sabio radiólogo Claudio Regaud, en 1928; el señor Raúl de Clavéry, ministro francés, en 1927; el licenciado don José de Vasconcelos en 1930; el doctor Alfonso López en 1933 etc.

El Libertador estuvo cuatro veces en esta ciudad: la primera, de 26 de enero a 8 de marzo de 1822; la segunda, al regreso del Perú, de 23 a 30 de octubre de 1826; la tercera, de 23 de enero a 12 de febrero de 1829, y la última, de 19 de noviembre a 15 de diciembre del propio año. Acerca de la recepción que los payaneses le hicieron en esas varias ocasiones puede verse nuestra obra POPAYAN. «Bolívar amó a Popayán», ha escrito recientemente el doctor Tomás Cadavid Restrepo en bella carta literaria dirigida al autor de estas líneas (2). «Grandes amigos, colaboradores y admiradores contó allí el Padre de la Patria. La predilección del grande hombre es razonable. El genio múltiple del caraqueño, que irradiaba en todo sentido y en toda hora, hallaba en ese "hogar de la república" motivos

—«POPAYAN»—

—«14»—

para desdoblarse: como guerrero, trataba con héroes; como poeta, en ese olimpo estaba bien acompañado; como gran señor, en esos salones aristocráticos danzaba y hablaba como lo había hecho en su mansión señorial de Caracas y en los elegantes palacios de Europa. Además, payanés fue el vidente que adivinó el genio del militar venezolano y le salvó en horas de infortunio». Prueba de que no va descaminado el doctor Cadavid Restrepo en sus apreciaciones es la siguiente carta dirigida por el propio Libertador desde Cumbal, en 11 de octubre de 1826, a don José Rafael Arboleda y Arroyo: «Mi amado amigo: pronto abrazaré a usted; pronto digo, pues ya estoy en la Provincia de **PAYAN, MI AMADA PROVINCIA**, patria de Arboleda y de Mosquera! Yo ansío por ver a usted y a su amable familia; pero no quiero que ustedes me obsequien como Libertador, sino como a huésped del tiempo griego; como **AMIGO** que recibe la hospitalidad santa de manos de sus compatriotas. Esto es todo lo que yo pido con **IMPERIO ABSOLUTO**. Espero el perdón. — Soy de usted de todo corazón amigo íntimo, **BOLIVAR**». (Las subrayas son del original, publicado en el tomo VI, pág. 86, de la colección de «Cartas del Libertador», editada en Venezuela con ocasión del centenario de la muerte del Héroe, por don Vicente Lecuna)

Acerca de los sacrificios hechos por esta ciudad en favor de la república en la lucha de la emancipación, son dignos de tenerse en cuenta los siguientes datos. En representación enviada por el Cabildo en 21 de agosto de 1821 al Congreso Constituyente de Cúcuta, decía aquella corporación: «Jamás podrán curarse las cicatrices de las heridas mortales de Popayán. Esta ciudad fue oprimida y castigada sin piedad por la acción

de la Cuchilla, por su hospitalidad generosa a los emigrados ilustres de Bogotá y demás ciudades del norte, y por sus servicios a la patria. Ejecuciones, destierros, prisiones, exacción violenta de dinero, de ganados, de caballerías, destrucción de todo para vestir asiáticamente los batallones, fue lo que experimentó esta ciudad en aquella época, y lo que de nuevo volvió a sufrir bajo el Comandante Calzada, con una dureza que no podremos olvidar: nuestros campos quedaron hasta sin espigas; y el resultado fue quedar el pueblo reducido a tanta miseria, que luego que abandonó aquél la ciudad, morían algunos de hambre y de congoja en las aceras de las calles. Un sátrapa de Persia no trata con más rigor una ciudad rebelde que el que aplicaron en Popayán Sámano, Warletta y Calzada. El primero ya antes, en 1813, había dado igual tratamiento a la ciudad: un saqueo de algunos meses fue permitido a su tropa inmoral, no menos que toda clase de vejaciones a los vecinos, titulándolos insurgentes e indignos de obtener los empleos y judicaturas.....»

Como una pequeña muestra de las exacciones a que fue sometida la ciudad por los gobernantes realistas, en las veces que fue ocupada por las fuerzas pacificadoras, vamos a reproducir en parte la lista de las contribuciones de guerra impuestas por Warletta en 1816, según consta de las actas existentes en los libros del Ayuntamiento: a don José María de Mosquera, \$ 9,000; a don Nicolás Hurtado, \$ 3,000; a don José Diago, \$ 5,000; a don José Cobo, \$ 1,090; a don Matías Fajardo, \$ 1,000; a don Manuel Larrahondo, \$ 1,000; a don Santiago Arroyo, \$ 1,000; a don José Antonio Arroyo, \$ 500; a don Mariano Rodríguez, \$ 1,000; a don Francisco A. Re-

bolledo, \$ 1,000; a don Marcelino Hurtado, \$ 500; a don Ignacio Larrahondo, \$ 1,000; a don Marcos Bermúdez, \$ 400; a don José Joaquín Sanclemente, \$ 2,000; a doña María Josefa Hurtado v. de Mosquera, \$ 10,000; a don José Rlestra, \$2,000; a don Manuel María Arboleda, \$ 10,000; a don Manuel Antonio Rada, \$ 1,000; a don Fernando Balcázar, \$ 1,000; a don Manuel José Varona, \$ 1,000; a don José Irigorri, \$ 1,000; a don Rafael Mosquera, \$ 1,000; a la mortuoria de don Francisco José Arboleda, \$ 10,000; a la de doña Dionisia Mosquera, \$ 1,000; y así a otras muchas personas. Esto fuera de costosísimas contribuciones en especie, como trigo, maíz, galleta y ganados.

Y téngase en cuenta que esta rápida enumeración se refiere tan sólo al año de 1816, en que estuvo la ciudad bajo el gobierno de Warletta; súmense a esas exacciones las exigidas por Sámano, Solís y Calzada; agréguese los repetidos saqueos de que fue víctima en diversas ocasiones; tómese nota de los cuantiosos donativos voluntarios hechos por los hijos de Popayán a los jefes patriotas, como \$ 60,000 entregados a don Antonio Baraya, en abril de 1811, después de la batalla del Bajo Palacé; \$ 100,000 suministrados a Nariño en 1814, para emprender la desastrosa campaña del sur (3); otros \$ 100,000 que fueron puestos en manos del Libertador, en 1822, para ayudarle en su expedición al Perú; \$ 70,000 entregados a Serriez; más de \$ 50,000 consignados en varias partidas a otros caudillos, como Cabal, Cayzedo, París, Valdés y Torres (Pedro León); abónsele los \$ 600,000 llevados en barras y doblones en 1811 a Quito por el gobernador Tacón, en su fuga después de la batalla de Palacé; las enormes contribuciones en géneros y vituallas exigidas por Warletta para el ostentoso menaje del

batallón «Numancia» (que después se distinguió tanto en servicio de la república), y podrá decirse en conciencia si a buen fuero tiene ganado Popayán el calificativo de «ciudad de los grandes sacrificios» con que la saluda el General Posada Gutiérrez en sus «Memorias histórico-políticas».

En 8 de marzo de 1822 escribía el Libertador al General Santander, desde esta ciudad de Popayán: «Esta provincia ha hecho sacrificios inmensos, y ya no puede hacer más. Esta misma ciudad se ha aprestado a todo, y así va el ejército perfectamente equipado, sin que le falte nada. Yo creo que el gobierno debe dar un decreto en favor de la provincia de Popayán, para que proponga ella misma las indemnizaciones que crea convenientes por los inmensos sacrificios que ha hecho durante la guerra. Ya el Cauca está arruinado como Pamplona. Sus propietarios han quedado reducidos a nada, de ricos que eran, y esto es muy duro sufrirlo de parte del mismo gobierno que reina. Tanto el bajo pueblo del Valle del Cauca, como el de Popayán, son enemigos de servir; pero los ricos muy recomendables, sobre todo las familias de Mosqueras, Arboledas, Caicedos etc. Ustedes deberán hacer un gran artículo en su Gaceta a estos habitantes, con referencia a mis informes».

De acuerdo con estas instrucciones, el General Santander publicó en el número 23 de la «Gaceta de la Gran Colombia», correspondiente a 24 de marzo de ese año, las siguientes líneas: «Aquí nos parece bien tributar los homenajes de justicia a la Provincia de Popayán, donde se ha reunido el ejército, y de la cual han debido exigirse los mayores sacrificios. Su situación, y el haber sido invadida diferentes veces por tropas enemigas

desordenadas, le dan un lugar preferente en el orden de pueblos arruinados y desolados. A pesar de estar casi reducida a un esqueleto esta Provincia en otro tiempo rica, S. E. el Libertador le ha exigido nuevos servicios y ha tenido la complacencia de ver asistido abundantemente el ejército y los hospitales; verificado el equipo de las tropas; preparados los trenes, parques etc.; de manera que sólo un patriotismo tan depurado y un afecto particular a S. E. han podido superar las dificultades que naturalmente oponían la pobreza, la despoblación, la ruina de las mejores fortunas y todos los demás resultados que ha producido la guerra de once años. Su Excelencia al presentar estos informes al Poder Ejecutivo manifiesta su gozo y su gratitud a los habitantes de toda la Provincia; recomienda esos servicios; solicita una indemnización para los que han entregado sus fortunas, y aplaude, entre otras familias distinguidas, el patriotismo de los Mosqueras, Arboledas, Caicedos etc., **EN QUIENES EL AMOR A LA INDEPENDENCIA HA SIDO VERDADERAMENTE SU PRIMERA NECESIDAD»**. (La subraya es nuestra).

En la lucha magna Popayán fue pródiga, como pocas ciudades, de su sangre y sus riquezas; y con justo orgullo ha podido decir, al cantarla, su ilustre hijo el poeta Valencia:

Nada guardaste, pródiga. Con gesto soberano
Vacíaste el áureo cofre, de tu final presea.
Tu mano parecía una encantada maga.
Qué te resta? —YO MISMA!, clamas como Medea



Para figurar con honor en la primera página del martirologio republicano, bástele a Popayán recordar los nombres de Camilo Torres, Francisco José de Caldas, Francisco Antonio de Ulloa, Miguel de Pombo, José María Quijano, Fidel de Pombo O'Donnell, Silvestre Ortiz, Domingo Arboleda, Rafael Arcos etc. Otros hijos suyos llevaron por luengos años la carianca del presidiario, como Ignacio y Jerónimo Torres, José Hilario López, Manuel José Castrillón, Ignacio Hurtado, Francisco José Quijano, Manuel María Quijano, Luis Quijano Carvajal...; algunos hubieron de comer el amargo pan del ostracismo, como Antonio Arboleda, Manuel de Pombo, Toribio Míguez Rodríguez, Andrés Ordóñez y Cifuentes. Los dos últimos murieron en el destierro, y en su agonía debieron volver los ojos hacia el terruño distante: **ET DULCIS MORIENS REMINISCITUR ARGOS**, como el héroe cantado por Virgilio.

—«POPAYAN»—

—«20»—

«Lo que sufrió entonces la ciudad de Popayán», escribe el historiógrafo don Nemesiano Rincón, «con los asaltos de los guerrilleros y el saqueo de los realistas (se refiere a la ocupación de la ciudad por Calzada en enero de 1820), no es materia para esta corta y desmedrada narración. Cuando algún día se haga la historia completa de Colombia y se conozcan todos los documentos que se han publicado y los inéditos, se hará justicia como merece a esa ciudad, madre de sabios y cuna de ilustres patriotas». ¡Y pensar, en presencia de estos hechos y de testimonios semejantes, que haya quien insista en sostener que Popayán fue un núcleo racialmente realista en la lucha por la independencia!

Popayán ha sido en todas las épocas de su historia semillero inagotable de varones distinguidísimos, que han tenido papel predominante en la república. En el periodo de la colonia podemos mencionar a don Joaquín de Mosquera y Figueroa, que ejerció la regencia de España en 1812 y sancionó la Constitución política expedida por las célebres Cortes de Cádiz; don José María de Mosquera, hermano suyo, a quien llamó el Libertador «el primer ciudadano de América», agregando que si le hubiera sido dado escoger padre, después de muerto el suyo, a nadie habría elegido sino a don José María; don José Ignacio de Pombo, sabio filántropo que introdujo a Cartagena la primera imprenta, fue amigo y colaborador de Mutis y protector de Caldas; don Manuel Mallo, famoso por sus aventuras galantes en la corte de Carlos IV de España; don Ignacio Tenorio y Carvajal, oidor de la Audiencia de Quito, que llevó una vida novelesca, digna de la leyenda; don Pedro Agustín de Valencia, fundador de la Casa de Moneda, a quien congració la corona con la concesión del título de Conde de Casa Valencia para el mayor de sus hijos, título que aún se conserva en España entre los de la grandeza de primera clase; don Pedro Estanislao Valencia, hijo de don Pedro Agustín, que adoptó la carrera de marino en la armada española y murió como un héroe en el combate de Trafalgar, al lado del ilustre contralmirante Churrueta. En el ciclo de la lucha magna la ciudad se ufana con los nombres de Camilo Torres, Francisco José de Caldas, José María Quijano, Francisco Antonio Ulloa; Manuel, Miguel y Fidel de Pombo; Tomás Cipriano de Mosquera; José Hilario y Manuel Antonio López; Manuel José Castrillón, Mariano del Campo Larrahondo,

Toribio Míguez Rodríguez, José Rafael Arboleda y Arroyo, Antonio Arboleda, Pedro Murgueitio, Francisco Antonio Florido, Andrés Ordóñez y muchísimos más. Como hemos dicho ya, algunos pagaron con la vida su adhesión a los principios republicanos y otros sufrieron amargo ostracismo.

En la época de la república su aporte no ha sido de menor significación: ha dado hasta hoy diez presidentes al Estado, cuyo recuento hacemos más adelante; y hombres de pensamiento y de acción tan eminentes como Joaquín, Tomás Cipriano y Manuel María Mosquera, José Cornelio Valencia, José Rafael Mosquera; Julio y Sergio Arboleda; Antonino Olano y Olave; Lino y Cenón de Pombo; Joaquín Valencia, Jaime y Santiago Arroyo; Manuel de Jesús Quijano; Froilán Largacha; Julián Trujillo; Juan de Dios Ulloa; Francisco Javier Vergara y Velasco; Francisco de Paula Urrutia; José Marcelino Hurtado; José María Quijano Wallis; José María Cordovez Moure; Carlos Albán; Euclides de Angulo; Avelino Rosas; Enrique Arboleda Cortés; Manuel y Rafael Pombo etc. (4).

En cuanto a las últimas generaciones, los nombres de Guillermo Valencia, Rafael Maya, Miguel Arroyo Díez, Francisco José Urrutia, Francisco José Chaux, Antonio Paredes, Tancredo Nannetti, Adriano Muñoz, Genaro y Manuel M. Muñoz Obando, José Ignacio Bustamante, Luis Carlos Irigorri, Efraín Martínez, Gustavo Arboleda, Antonio J. Lemos Guzmán, Juan Antonio Maya, Miguel Medina Castro, Víctor Aragón, Guillermo León Valencia, Guillermo Nannetti, Benjamín Irigorri, Jaime Paredes, para no citar sino unos pocos entre los que tienen ya una reputación consagrada por la fama, bastan para demostrar a la república que la portentosa savia

creadora no se ha empobrecido aún en este almácigo de robustas mentalidades y recios caracteres.

Esta ciudad está llamada por ley histórica a ser un centro docente de primer orden en la república, como lo fue desde los tiempos de la colonia con su afamado Real Colegio Seminario, fundado por el obispo de la Serna y Rimaga Salazar en 16 de diciembre de 1640, y de cuyos claustros salió aquella generación de ciclopes que intervino en la lucha magna y que es el orgullo de nuestra historia.

No ha sido menos ilustre la Universidad del Cauca, creada en 1827 por el General Santander como Vicepresidente de la Gran Colombia, y que empezó su vida bajo los más brillantes auspicios. Baste saber que fue su primer rector el presbítero Manuel José Mosquera, que luégo habría de hacer perdurable su memoria como Arzobispo de Bogotá; su primer secretario, el doctor Rufino Cuervo, gran repúblico y probo Presidente de la Nueva Granada. El primer grado conferido por el Instituto fue el de jurisprudencia, al doctor Manuel María Mallarino, otro ilustre Jefe del Estado. Quien desee conocer al pormenor los anales de la Universidad y del Seminario puede consultar nuestra «Historia de la Universidad» y la obra sobre «Popayán»; aquí nos haríamos interminables, pues el tema es vasto y sobremanera interesante.

Entre los edificios de la ciudad merecen conocerse el actual Palacio

de Justicia, que fue el antiguo convento de franciscanos; la Universidad del Cauca, que ocupa lo que fue convento de dominicos, edificio hermo-
seado con nuevas construcciones, como el Paraninfo, o Aula Máxima, que
es de lo más bello que en su género tiene el país; el monasterio de la En-
carnación, destinado a colegio de señoritas; el monasterio del Carmen,
convertido en escuela de niños; el convento de San Agustín, donde fun-
cionan asimismo dos escuelas; el de los padres Camilos, o de la Buena
Muerte, hermoso y vasto sobre toda ponderación, destinado hoy a escuela
normal de los Hermanitos de María; el Seminario, a que acabámos de re-
ferirnos; las dos escuelas normales; el Palacio de la Gobernación, recién-
mente terminado; el Teatro Municipal, también de reciente construcción
y de graciosa arquitectura; la antigua Casa de Moneda, hoy modernizada
para cuartel del regimiento que hace la guarnición de la plaza; la casa de
correos y telégrafos; la Plaza de Mercado; el Matadero Público y el Pabe-
llón de menaderías; el Hospital de San José, fundado en 1713 y conside-
rado como uno de los mejores de la república.

En la época colonial hubo en la ciudad conventos de jesuitas, domi-
nicos, franciscanos, carmelitas, camilos, agustinos y betlemitas, y monas-
terios de monjas de San Agustín y de Nuestra Señora del Carmen. De los
primeros salieron varones eminentísimos por su virtud y su ciencia que
evangelizaron las regiones del Marañón, el Orinoco y el Meta y de los cua-
les algunos murieron mártires de su fe y en olor de santidad, como el padre
Francisco de Figueroa, fray Marcos Calderón, los padres José y Tomás
Nieto Polo, célebres oradores, Luis Coronado y muchos más.

Los templos que esas comunidades dejaron se distinguen por su severa y elegante arquitectura, especialmente los de San Francisco, San José (antes de La Compañía), Santo Domingo, el Carmen y la Encarnación. Entre sus altares hay verdaderas joyas de madera tallada, de estilo plateresco español y con dorados que no han sufrido la injuria de los siglos. Merece conocerse especialmente el púlpito de San Francisco, hecho por un discípulo del famoso escultor español Alonso de Berruguete y que es una obra maravillosa. Muchas de las imágenes que en esos templos se veneran fueron traídas de Roma y de Madrid; y en las procesiones de la Semana Santa, que aún se celebran con la magnificencia de hace doscientos años, se hacen notar algunos crucifijos con cruces enchapadas de plata; el Santo Sepulcro, de carey, marfil y filigrana etc.

La Catedral es de nueva construcción, pero no desdice de los demás templos, pues es de hermosas proporciones y elegante arquitectura. Hacia el oriente de la ciudad se alza la capilla del Ecce Homo, de bellísima apariencia, en sitio que constituye uno de los paseos más frecuentados por la risueña perspectiva que de allí se disfruta.

Hace poco fue dado al servicio el magnífico acueducto, uno de los mejores del país. La ciudad tiene dos plantas productoras de energía eléctrica, montadas, una en el predio de La Florida, a una legua de distancia, y la otra en Coconuco, a treinta y cinco kilómetros, en un sitio excepcionalmente bello y que será, dentro de algún tiempo, un balneario de condiciones únicas, por la suavidad del clima (12 grados del centígrado), la abundancia de aguas dulces y la existencia de fuentes termales sulfu-

rosas, cálcicas, hidrocclóricas y ferruginosas, procedentes todas del volcán del Puracé y dotadas de propiedades medicinales inapreciables, especialmente el géiser llamado «el agua hirviendo», de ácido sulfídrico, que cura los casos de eczema más rebeldes, y el río Vinagre, que hemos mencionado ya, cuyas aguas se están empleando hoy con sorprendentes resultados para el tratamiento de la diabetes.

De los hijos de esta región han desempeñado la suprema magistratura del Estado los siguientes:

1 — El doctor Joaquín de Mosquera y Figueroa, Presidente del Consejo de Regencia, en España, en 1812.

2 — Doctor Camilo Torres, Presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, de 1812 a 1814.

3 — Doctor Joaquín Mosquera y Arboleda, Presidente de la Gran Colombia en 1830.

4 — General Tomás Cipriano de Mosquera, Presidente de la Nueva Granada, de 1845 a 1849.

5 — El mismo, como Presidente «Provisorio» de los Estados Unidos de Colombia, de 1860 a 1863.

6 — El mismo, como Presidente constitucional de los Estados Unidos de Colombia, de 1° de mayo de 1863 a 30 de abril de 1864.

7 — El mismo, como Presidente constitucional de los Estados Unidos de Colombia, de 1° de mayo de 1866 a 23 de mayo de 1867.

8 — General José Hilario López, Presidente de la Nueva Granada, de 1849 a 1853.

9 — General José María Obando, como Vicepresidente de la Nueva Granada, encargado del Poder Ejecutivo, de 21 de noviembre de 1831 a 9 de marzo de 1832.

10 — El mismo, como Presidente de la Confederación Granadina, de 1° de abril de 1853 a 17 de abril de 1854.

11 — Doctor Froilán Largacha, encargado del Poder Ejecutivo, como Secretario del Despacho, de 1° de febrero de 1863 a 30 de abril del mismo año.

12 — Doctor Andrés Cerón, encargado del Poder Ejecutivo, en calidad de Secretario del Despacho y Gobernador del Distrito Capital, en febrero de 1860.

13 — General Julián Trujillo, Presidente de los Estados Unidos de Colombia, de 1° de abril de 1878 a 31 de marzo de 1880.

14 — El mismo, como Designado, encargado accidentalmente del Poder Ejecutivo, de 1° a 8 de septiembre de 1870.

15 — General Ezequiel Hurtado, como Designado, de 1° de abril a 8 de agosto de 1884; y

16 — General Eucides de Angulo, quien ejerció el Poder Ejecutivo, como Designado, de 16 de marzo a 16 de abril de 1908.

Los payaneses que han ceñido la mitra episcopal y alcanzado así la plenitud del sacerdocio católico son:

1 — Don Francisco de Figueredo y Victoria, obispo de Popayán y de Costa Rica.

2 — Don Juan Nieto Polo del Aguila, obispo de Santa Marta y de Quito.

3 — Don Pedro Antonio Torres, obispo de Cartagena y de Popayán, y electo de Guayaquil (cargo que no aceptó).

4 — Don Manuel José Mosquera, arzobispo de Santa Fe de Bogotá.

5 — Don Ignacio León Velasco, obispo de Pasto y arzobispo de Santa Fe de Bogotá; y

6 — Don Manuel Antonio Arboleda, arzobispo de Popayán.

La diócesis de Popayán fue creada por el Papa Paulo III en primero de septiembre de 1546, es decir, nueve años después de fundada la ciudad. Fue su primer obispo don Juan del Valle. Figuró como sufragánea de la arquidiócesis de Lima hasta 1584, en que, por real cédula, quedó agregada a la arquidiócesis de Santa Fe. Por decreto consistorial expedido en Roma en 20 de junio de 1900, la Santidad de León XIII la elevó a la categoría de arquidiócesis, y fue el primer arzobispo el Hustrísimo señor doctor Manuel José de Cayzedo.

—POPAYÁN—

—25—

Es esta una brevísima síntesis de la historia de Popayán, hecha por un individuo que no se ufana con el dictado de hijo suyo, pero que ha empleado (sin esperar humana recompensa, ni aun el reconocimiento del esfuerzo) los mejores días de su jornada y la luz de su inteligencia en abrihantar los blasones de esta ciudad, que tanto ha influido en la suerte de la república.

Pueblo de libres, en más de una ocasión ha forjado el rayo que encendió la tormenta en el cielo de Colombia; y en las ardientes ordalías de nuestra vida política sus hijos partieron el sol como buenos caballeros y más de una vez sembraron el terror en el corazón de los tiranos.

Pueblo de pensadores, uno de sus epónimos surcó audaz con su antejo la inmensidad de los espacios estelares; al paso que otro, digno par de aquél en el ciclo de la gloria, encarnó el alma de la transformación política de un mundo, y fue el verbo potente de la más justa de las reivindicaciones sociales. Hijo suyo fue asimismo el hombre de Estado que después del Padre de la Patria marcó más honda **Dee** en nuestros anales; y de ese tronco procero salió también el mandillo aquilino — águila y rui-señor — cuyo paso por la tierra fue rápido y deslumbrante como el fulgor de un meteoro.

Pueblo de artistas, ha sabido endulzar la áspera realidad de su vida con la miel hiblea de la poesía, revistiéndola con el euritmico ropaje de una gesta noble y gentil en pos de los más grandes ideales: fe, patria, libertad. Renuevos suyos son el aeda que hoy es considerado, por propios y extraños, como el más prestante de los liróforos que enaltecen, en uno

y otro hemisferio, el habla castellana, y el bardo de inspiración helénica que va a la cabeza de la nueva generación intelectual de Colombia.

Pueblo de patriotas, fue él uno de los primeros que en la lucha magna enarbolaron el pendón de la libertad y llevaron sin tasa ni medida al ara santa de la república el genio de sus hijos, la púrpura de sus venas, la mies de sus cosechas y el oro de sus arcas. Pródigo en demasía de los bienes con que la fortuna lo había enriquecido, no escatimó él nunca la dádiva ni puso precio a su concurso en la épica fatiga.

Si, como lo ha dicho Angel Ganivet, «la grandeza de una nación no se mide ni por lo denso de su población ni por lo extenso de su territorio, sino por la grandeza y permanencia de su acción en la historia», esta ciudad, tan pequeña en su entidad material, destácase enorme en los anales patrios; y cuán pocas de sus hermanas podrían repetir con tan justo orgullo, como ella, las palabras de Otelo en el drama inmortal: ; HE SERVIDO BIEN Y LEALMENTE A LA REPUBLICA, Y ELLA LO SABE !

Popayán, julio 20 de 1934.

—«POPAYAN»—

—«39»—

(1) Casado con una nieta de Belalcázar, a la cual dio muerte en una escena de celos. El expediente existe en el archivo de la antigua Gobernación colonial, y es un verdadero drama pasional, lleno de incidentes de extraordinario interés.

(2) Publicada en el número 255 de la «Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario», correspondiente a junio del presente año.

(3) Fuera de las alhajas que tomó de los templos y cuyo valor no bajó de trescientos mil pesos.

(4) A título de información agregamos en esta nota el nombre del famoso acróbata don Juan A. Caicedo, nacido aquí en el promedio del siglo pasado y que vive aún en Londres, lleno de riquezas y condecoraciones. Según la Enciclopedia Espasa, Caicedo ganó durante siete años consecutivos el gran premio de la fiesta internacional de acróbatas que se celebraba anualmente en Shewsbury (Inglaterra), y obtuvo del rey Eduardo VII, que era gran admirador suyo, el título de «rey del alambre» (KING OF WIRE) con que es conocido en toda Europa. Antes de la gran guerra trabajó con éxito insuperable en todas las capitales europeas, recibiendo aplausos y distinciones en todas partes. La Enciclopedia Espasa equivocadamente lo hace de origen español. Aludiendo a este artista del aire, escribía el Maestro Valencia en la «Jornada de una verdad» (1894) lo siguiente: «Fiel a sus tradiciones, Popayán ha continuado hasta el presente fatigando la historia con sus hombres: innúmeros cultivadores ha dado a las Ciencias, las Letras y las Artes. Los Pombos, los Arboledas, los Quijanos, los Olanos, los Hurtados, los Arroyos, los Gruesos, los Urrutías, los Muñozes, los Castros, los Lunas, los Velascos, los Trujillos, los Cajías Riveras, los Dueñas etc. etc. son los opimos frutos que han agobiado esta rama del árbol de la República. ¿Por qué, pues, a estilo de la Matrona Romana, no mostrarse engreída por su generosa descendencia que ha recorrido la infinita escala que va del dictador severo al maravilloso acróbata que asombra hoy día las cullas capitales del Viejo Mundo?»

Imprenta del Depto. del Cauca
Popayán (Col.)